

los monges ricos y estables que por espacio de muchos siglos tuvieron esta por su principal ocupacion. De donde vino sin duda que los nuevos teólogos se entregaron enteramente á tratar cuestiones curiosas, y sutiles que no piden sino ingenio sin lectura, y sin exámen de los hechos.

Peró no consideraban que este modo de estudiar alteraba insensiblemente la tradicion de la disciplina. Por exemplo, queriendo discurrir sobre los sacramentos sin el conocimiento exácto de los hechos, suponian que se habian administrado siempre como se hacia en su tiempo, y alguna vez tomaron por esenciales las ceremonias accesorias: como la uncion y la entrega del caliz en el órden sacerdotal, quando en este sacramento lo esencial es la imposición de las manos. Por el mismo principio se ha querido sujetar á los griegos á pasar por las cuatro órdenes menores, antes de llegar al subdiaconado; y se ha creido necesario tener ornamentos y altares portátiles, aun en los mas largos viages, y en las misiones mas remotas. De lo cual ha sido causa la ignorancia de la antigüedad, que ha hecho mirar estas reglas como invio-

lables, mientras que se descuidaban de las mas importantes.

No dejó de admirar que en tiempos tan infelices, y con tan pocos socorros, los doctores nos hayan conservado con tanta fidelidad el depósito de la tradicion, en quanto á la doctrina. Les tributo con gusto la alabanza que merecen; y subiendo mas alto, bendigo, con todo mi corazón, á aquel que en cumplimiento de su promesa, jamas ha cesado de sostener su Iglesia. Pido solamente que á estos doctores se les ponga en el lugar que deben ocupar, sin elevarlos á otro superior: que no se pretenda que han llegado á la perfección, y que nos deben servir de modelos; y en fin, que no se les prefiera á los PP. de los primeros siglos.

Los títulos magníficos que se dieron á algunos de estos doctores, los han hecho respetables en los siglos siguientes. Alberto fue llamado el grande como si se hubiese distinguido tanto entre los teólogos como Alejandro entre los guerreros: Scoto, el doctor Sutil. A otros se dieron los epítetos de irrefragable, iluminado, decidido, solemne, y universal. Pero sin de-

XIV:  
Método de  
los Scolás-  
ticos.

jarnos deslumbrar con estos grandes títulos, veamos si muestran mas el mal gusto de los que se los dieron, que el mérito de aquellos autores. Juzguemos esto por sus obras, que estan en manos de todos: por mi confieso, que yo no veo nada de grande en las de Alberto, sino la corpulencia y número de los volúmenes.

Acordémonos de que estos teólogos vivian en un tiempo, en que todos los otros monumentos no nos parecian estimables, á lo menos respecto á la buena antigüedad: en tiempo de aquellos viejos Romances, cuyos extractos vemos en Faucher: (a) en el tiempo de Joinville y Ville-hardouin, cuyas historias aunque útiles y agradables por su naturalidad nos parecen tan groseras: en el tiempo de aquellos edificios góticos tan cargados de follages, y tan poco agradables en efecto, que ningun arquitecto queria imitarlos, pues es una observacion muy verdadera que reyna en cada siglo un cierto gusto que se estiende sobre todas suerte de obras. Todo lo que nos resta de la antigua Grecia es sólido, agradable, y de un gusto esquisito: los restos de

(a) Hist. de la Poesía.

sus edificios, las estatuas, las medallas son del mismo carácter en su género, que los escritos de Homero, de Sofocles, de Demósthènes, y de Platon: por todo reyna el buen gusto y la imtacion de la naturaleza. Nada se ve de semejante en todo lo que nos resta desde la caída del Imperio romano hasta el medio del siglo XV en que las ciencias y bellas artes empezaron á recobrase, disipándose las tinieblas que los pueblos del Norte habian derramado en toda Europa.

Por este medio se destruye una preocupacion harto ordinaria que las ciencias van siempre perfeccionandose, que es facil añadir á las invenciones de los otros, lo que hombres muy inferiores pueden hacer, así como un enano puesto sobre las hombros de un gigante, es mas alto que éste. Concedo estas proposiciones generales; pero niego que se puedan aplicar á nuestro asunto. Para añadir alguna cosa á la doctrina y método de los antiguos, sería necesario conocerla perfectamente, y esto es lo que falta á nuestros doctores, como acabo de mostrar: así como el enano quedando en tierra su vista será muy limitada. Por otra parte las

ciencias y artes que se perfeccionan de dia en dia, son invenciones humanas; pero la verdadera Religion es obra de Dios, que la dió desde luego su entera perfeccion. Los apóstoles y sus discipulos supieron toda la doctrina de la salvacion, y la mejormanera de enseñarla.

¿Pero no es verdad que los scolásticos hallaron un método mas cómodo y mas exácto para enseñar la teología, y que su estilo es mas sólido y preciso que el de la mayor parte de los antiguos? He oido decir muchas veces esto; pero no puedo convenir en éllo; y jamas se me persuadirá que hasta el siglo XII no hubiera método en las escuelas cristianas. Creo haber demostrado lo contrario en el segundo de estos discursos, donde remito á mi lector. Es verdad que la mayor parte de los antiguos no emprendieron hacer un cuerpo entero de teología, como lo hicieron Hugo de san Victor, Hildeberto de Tours, Roberto Pulo, y otros muchos á su exemplo; pero no dejaron de darnos en algunas de sus obras el plan entero de la Religion como san Agustin que en su enchiridion muestra todo lo que se debe cre-

er y la manera de enseñar en el libro de la doctrina cristiana. Vemos un sumario de la doctrina en las exposiciones del símbolo y las catequeses, y de la moral en algunos otros tratados, como en el Pedagogo de san Clemente Alexandrino.

¿Qué falta, pues, á los antiguos? ¿Es el no haber dado cada uno su curso entero de teología, dividiendo y definiendo siempre unas mismas materias y cuestiones? Yo confieso que los modernos lo han hecho; pero no convengo en que por eso se haya enseñado mejor la Religion. El efecto mas sensible de este método, es haber llenado el mundo de una infinidad de volúmenes, parte impresos, parte aún manuscritos, que estan sepultados en las grandes bibliotecas, pues no teniendo utilidad ni gracia, no hay quien los lea; y si no, digásemse ¿quién el dia de hoy lee á Alexandro de Ales, ó á Alberto el grande? Es difícil de comprender como estos autores, de los cuales muchos no llegaron á una grande edad, tuvieron tiempo para escribir tanto; por lo que se puede temer que no meditaban bastante para hacerlo como se debia.

Si querian, como es verosimil seguir el método de los géometras, era necesario que hubiesen comenzado por principios tan incontestables, como lo son las definiciones y axiomas de éstos; conviene á saber, en la materia teológica, por pasages formales de la Escritura ó proposiciones evidentes por sola la luz natural; pero acabo de observar que nuestros escolásticos toman frecuentemente la Escritura en sentidos figurados; y ponen por principio axiomas de una mala filosofía, ó autoridades de algun autor profano. Las consecuencias deducidas de tales principios no son concluyentes, pueden negar, sin vulnerar la fe, ni la recta razon, y tales argumentos no tienen sino la apariencia del raciocinio. Lo peor es que todavía vemos muchos que se contentan con solo esto, que no estudian sino de memoria, y creen raciocinar cuando repiten los argumentos que han aprendido sin haberlos examinado con el peso de la razon; de donde nace, que desprecian las mejores razones, cuando para ellos son nuevas, y no piensan de otra forma, que como estan acostumbrados.

Si los escolásticos han imitado el método de los Geómetras, mejor han copiado su estilo seco y uniforme. Pero no han considerado, que en el estudio de la geometría, la imaginacion está sostenida con las figuras; en vez de que en las materias filosóficas, sobre todo en la moral, no tiene otro apoyo que los ejemplos y pinturas vivas de las pasiones, de los vicios ó de las virtudes. Este estilo seco tiene todavía otro defecto, que es no mostrar las costumbres de aquel que enseña; así un hombre muy malo puede hablar de moral. Fuera de esto no puedo sufrir que se quiera hacer un mérito á los escolásticos de este estilo, como que es mas sólido, y conciso. Confieso que el estilo dogmático debe ser sencillo, y que en él no se debe buscar sino la claridad y precision, sin otro algun ornamento; pero esta sencillez no deja de tener su nobleza y su gracia; lo bajo, llano y pesado jamas es bueno para nada. La sencillez del estilo dogmático no impide que se hable con pureza la lengua que en él se emplea; al contrario, cuanto mejor se habla, mejor se entiende; y nada es menos propio para enseñar, que

XVI.  
Estilo de los  
escolásticos.

la afectacion de un language singular, que añade al estudio principal, otro preliminar del language. Bien sé que cada ciencia y arte tiene sus términos propios no conocidos del comun de los hombres; pero estos no deben ser empleados sino para las cosas que no tienen nombre en la lengua popular, porque el vulgo no los conoce, ó no hace atencion á ellos. Una de las señales de la barbarie de nuestros padres es haber hecho del Blason una ciencia misteriosa, que no consiste casi sino en dar nombres extraordinarios á las cosas mas comunes, lo mismo digo de la gerga de la cetrería y otras semejantes, que sin ilustrar el entendimiento solo sirven de cargar la memoria.

Los escolásticos cayeron en este defecto, haciéndose un language particular distinto de todas las lenguas vulgares, y del verdadero latin, aunque se deriva de él: lo que sin embargo no era necesario, pues cada uno puede filosofar hablando bien su lengua. Los escritos de Aristóteles estan en buen griego, las obras filosóficas de Ciceron en buen latin, y en el último siglo Descartes ha explicado su doc-

trina en buen frances, con un estilo limpio y preciso, que puede servir de modelo para lo dogmático. No es pues la necesidad de la materia la que ha introducido este language en nuestras escuelas sino el mal gusto del siglo XIII y siguientes.

Otro error es creer que un estilo seco, breve y por todo uniforme sea mas conciso y claro que el discurso ordinario y natural, donde hay libertad para variar las frases, y emplear cualesquiera figuras. Porque este estilo penoso y como amoldado es mas largo, ademas de ser muy enfadoso. A cada página se repiten las mismas fórmulas: en cada linea los términos del arte, proposicion, asercion, prueba, mayor, menor, conclusion, y otros varios. Estas repeticiones alargan mucho el discurso. Esto dimanó de que nuestros antepasados de cinco ú seis siglos atras siendo muy groseros; los estudiantes de aquellos tiempos no habrian sabido distinguir la objecion, de la prueba, sino se la hubieran, por decirlo así, mostrado con el dedo: era menester nombrarlo todo por su nombre. Esta es la objecion, esta la respuesta, la instancia, el corolario. Los

argumentos en forma alargan notablemente el discurso, é impacientan á aquel que desde luego ve la conclusión, el cual se alivia con un entimema, ó una simple proposición, que hace sobreentender todo lo demás. Sería conveniente reservar el silogismo entero para las ocasiones raras de desaholver un sofisma especioso, ó hacer sensible una verdad abstracta.

Sin embargo, los que están acostumbrados al estilo de la escuela, no reconocen los discursos sino están revestidos de la forma silogística. Los PP. de la Iglesia les parecen retóricos, por no decir habladores, porque se explican naturalmente como se hace en una conversacion: porque usan alguna vez de interrogaciones, exclamaciones, y otras figuras ordinarias; y los escolásticos no ven que las figuras y artificios ingeniosos ahorran muchas palabras; y que muchas veces con una voz bien colocada se previene ó aparta una objecion, que les ocuparía mucho tiempo.

Y qué se debe contar por nada el evitar el tedio y disgusto inseparables de un estilo seco, descarnado, y siempre sobre un mismo tono? ¿Es por ven-

turá esencial á los estudios sérios ser penosos y desagradables? ¿No se ha notado mucho tiempo ha que aquel que instruyendo, sabe unir lo agradable á lo útil, consiguió el punto de la perfeccion? Esta dureza del estilo escolástico es la que da en rostro á tantos jóvenes, haciéndoles el estudio odioso por toda su vida, despues que han pasado algunos años en los colegios y seminarios oyendo este language, y disputando sobre cuestiones abstractas, en las cuales no veian alguna utilidad. La instruccion es el alimento de los entendimientos: imitemos en dárselos el orden de la naturaleza, ó mas bien de la sabiduría divina, en la distribucion del alimento corporal, al cual junta el placer, que le sirve de vehículo, y que por una agradable necesidad nos empeña en conservarnos y fortificarnos. Imitemos á san Basilio y á san Agustin que á la solidez y sutileza de los pensamientos juntan las figuras delicadas, y las expresiones elegantes: que no nos proponen cuestiones frívolas y pueriles, sino las objeciones efectivas de los hereges de su tiempo: que no nos alimentan de dudas y opiniones, sino de verdades cier-

tās : y que juntan la mocion á la doctrina , aun en las materias mas abstractas. Estas son las guias que un teólogo se debe proponer.

XVII.  
Canonistas.

Los canonistas del siglo XIII siguieron el mismo método y estilo que los teólogos: pero no conservaron tan bien la tradición en lo substancial de la doctrina , estando persuadidos , como es verdad , que la disciplina no es tan invariable como la fe. Ya demostré en el discurso precedente las fuentes de esta mudanza ; es á saber, la autoridad de las falsas Decretales ; y de todo el decreto de Graciano , la opinion de que el papa no estaba sujeto á los cánones , y que su poder no tenia límites. Desde entonces se apartaron mas y mas de las máximas de la antigüedad , y no se aplicaron á conocerlas ; la jurisprudencia canónica vino á ser arbitraria , y por consiguiente incierta con la multitud excesiva de nuevas constituciones , derogando las unas á las otras en fin ; por las dispensas de las leyes , que no se atrevían á abrogar. Los doctores que explicaban en las escuelas el decreto de Graciano , y las Decretales de Gregorio IX hicieron en ellas glosas , que han

llegado á ser muy famosas , aunque su utilidad no sea grande , sino en cuanto á las remisivas , pues indican muy bien los capítulos y pasages que tienen entre sí alguna relacion. Pero estos glosadores no explican las palabras difíciles de los antiguos cánones , porque no las entendían , ni refieren las causas ú ocasiones históricas de las constituciones. Lo que llaman poner el caso , no consiste sino en poner en el margen las propias palabras del texto. Alguna vez para mostrar su erudicion , dan etimologías ; pero por la mayor parte ridiculas , como la de *Diablo* al principio de las Decretales (a). Su principal aplicacion es sacar inducciones y consecuencias de las palabras del texto , para aplicarlas á algun otro asunto , y ordinariamente para fundar en ellas alguna cavilacion.

Pues este era el espíritu que reynaba entonces , como se reconoce de las quejas que hace san Bernardo de los abogados de la corte Romana (b) por donde se puede juzgar de los demas tribunales. Por los cánones del concilio general de Letran , y aun mas

(a) Glos. in cap. 1. De Sum. Tr.

(b) 2. Consid. c. 9. 10.

por los del primero de Leon, se conocerá hasta qué punto llegaba la sutileza de los abogados para eludir todas las leyes, y hacerlas servir de pretexto á la injusticia; pues esto es lo que yo llamo espíritu de cabilar. Los abogados en quienes dominaba este espíritu eran clérigos, pues estos solos eran los que entonces estudiaban la jurisprudencia civil, ó canónica, como la medicina y demas ciencias, lo cual estaba prohibido á los monges, pero no á los clérigos seculares. Si la vanidad sola, y la ambicion de distinguirse hacian que los filósofos y teólogos inventasen tantas sutilezas para disputar sin fin, y no confesarse jamas vencidos, ¿qué haria el deseo de la ganancia? ¿y qué se debe decir de un eclesiástico poseido de este vicio? El espíritu del evangelio es todo sinceridad, candor, caridad y desinterés: clérigos tan ajenos de estas virtudes estaban muy distantes de enseñarlas á los otros.

Los obispos y otros superiores, aunque tuvieran buenas intenciones, siendo instruidos en las mismas escuelas, no sabian lo que era necesario para remediar estos males, como lo vemos en sus constituciones, que no

tienen por objeto la mayor parte sino arreglar formalidades de los procesos, y corregir algunos inconvenientes particulares sin llegar al origen del mal. Era necesario volver á levantar el edificio desde los fundamentos formando un nuevo clero, elegido como en otro tiempo entre los mas perfectos del pueblo examinado con largas pruebas, y elevado á las órdenes sagradas por solo la consideracion de su mérito. Ya he hablado de esto en el segundo discurso. Sin estas sábias precauciones las mejores leyes son despreciadas, y por consiguiente inútiles. Pero para formar de este modo el clero era preciso que los obispos hubiesen renunciado á sus intereses particulares: que no hubiesen deseado colocar sus parientes en las dignidades eclesiásticas; y que hubiesen tenido fortaleza para resistir á los príncipes, que querian proveer en ellas á sus hijos. A lo menos era menester que hubiesen sabido la antigua disciplina; pero no se estudiaban ya los libros en que se podian aprender.

Estudiémoslos, pues, ahora, ya que los tenemos en las manos: remon-temos á las constituciones apostólicas,

XVIII.  
Plan de los  
mejores es-  
tudiantes.

á los cánones Nicenos , y de los otros primeros concilios: á las epístolas canónicas de san Gregorio Taumaturgo, y de san Basilio, á las cartas de san Cipriano y de los otros PP. Ya he indicado en la historia las que me han parecido mas propias para instruirnos en la antigua disciplina. Y como no podemos transportarnos fuera de nuestro siglo , ni mudar el uso en que vivimos , estudiemos tan bien las constituciones modernas , y los libros de los canonistas , pero contentándonos con seguirlos , en lo que sea necesario , conformándonos con el estado presente de las cosas sin admirarlos , ni cerrar los ojos para no ver sus defectos , su grosería , su ignorancia de la antigüedad , sus cavilaciones y la bajeza de sus sentimientos: acordémonos siempre de la nobleza y pureza de los antiguos cánones , que no se dirigian sino á conservar las buenas costumbres , y á corroborar la práctica del Evangelio.

Del mismo modo se podria á proporcion restablecer el estudio de la teología , cuya reforma está ya en el dia muy adelantada. Las universidades tuvieron la desgracia de comenzar en un tiempo en que el gusto de los

Plan de los  
 mejores  
 estudios

buenos estudios estaba perdido ; pero éste se ha recobrado poco á poco , de doscientos años á esta parte , como veremos mas adelante en esta historia. Se han estudiado con aplicacion las lenguas doctas , y se han cultivado y perfeccionado las vulgares. Tambien se han aplicado á la historia , á la crítica y á la investigacion de los libros originales en todos géneros , de los cuales se han hecho ediciones correctas. No resta mas que aprovecharnos de las luces de nuestro siglo , y poner en obra la materia tan bien preparada.

Para lo cual el mejor medio , á mi parecer , es observar en el estudio la sobriedad que san Pablo nos recomienda en los sentimientos (a) , no estudiando sino lo que podamos saber , y empezando siempre por lo mas importante. Leamos continuamente la sagrada Escritura , deteniéndonos en el sentido literal , que es el mas sencillo y recto , para establecer los dogmas y las reglas de las costumbres. Abandonemos todas las cuestiones preliminares de la teología en general , y de cada tratado en particular ; entremos luego en materia , veamos qué textos de la Escri-

(a) Rom. 12. 3.

tura nos obligan á creer la Trinidad, la Encarnacion y demas misterios; y cómo la autoridad de la Iglesia ha fijado el lenguaje necesario para expresar lo que creemos. Contentémonos con saber lo que Dios ha hecho, sea que nosotros lo conozcamos por nuestra experiencia, ó por su revelacion, sin entrar en las cuestiones peligrosas de lo posible y de lo conveniente.

En cuanto á la moral es preciso atenerse á los principios generales tan claramente propuestos en la Escritura, la caridad, la sinceridad, la humildad, el desinterés, la mortificacion de los sentidos; y sobre todo guardarse bien de creer que el camino del cielo se haya allanado con el tiempo, y que la relajacion de los últimos siglos haya prescripto contra el evangelio. Jesucristo ha venido al mundo, no para establecer solamente un culto exterior, ni para instituir nuevas ceremonias, sino para hacer adorar á su Padre en espíritu y en verdad; para purificarse un pueblo agradable á Dios, y aplicado á las buenas obras. (a) Toda moral que no tenga por objeto formar un pueblo de esta manera, no es la suya.

(a) Jo. 4. 23. ti. 2. 4.



## DISCURSO VI.

### *Sobre las Cruzadas.*

Las Cruzadas componen una parte considerable de la historia de la Iglesia, en los siglos XII y XIII, y son una de las principales causas de la variacion de la disciplina. Ya hemos visto el fin que tuvieron, ahora manifestaremos su principio y sus progresos. Las Cruzadas tuvieron su principio en las peregrinaciones á la Tierra Santa que fueron muy frecuentes desde el reynado de Constantino despues de la invencion de la santa Cruz, y restablecimiento de los santos lugares. Venian á ellos de toda la Cristiandad, limitada casi al Imperio Romano, cuya grande extension facilitaba el viaje aun desde Francia, España y otras provincias mas remotas; y esta libertad continuó por el espacio de trescientos años no obstante la ruina del Imperio de Occidente, porque los reynos que se formaron de sus ruinas, queda-

I.  
Origen de  
las Cruza-  
das.